



COMILLAS

UNIVERSIDAD PONTIFICIA

ICAI

ICADE

CIHS

Facultad de Ciencias Humanas y Sociales
Grado en Relaciones Internacionales

Trabajo Fin de Grado

El bloqueo de Berlín

Las motivaciones de Stalin desde una
perspectiva historiográfica

Estudiante: **Alonso Talavera Portilla**

Director: Prof. José Manuel Sáenz Rotko

Madrid, abril 2024

Índice

1.	<i>Introducción</i>	3
2.	<i>Stalin: líder y personalidad central</i>	4
3.	<i>El contexto de la Crisis de Berlín</i>	7
3.1	<i>Acuerdos y conferencias internacionales previas a la crisis</i>	8
3.2	<i>División de Alemania</i>	9
3.3	<i>División de Berlín</i>	10
4.	<i>Desarrollo de la crisis y respuesta de Estados Unidos</i>	12
4.1	<i>Breve descripción de la Crisis de Berlín</i>	12
4.2	<i>Respuesta de Estados Unidos: opciones consideradas</i>	14
4.2.1	<i>Respuesta militar ante el bloqueo</i>	14
4.2.2	<i>Negociaciones con la URSS de Stalin</i>	15
4.2.3	<i>Doctrina Truman</i>	16
4.2.4	<i>Decisión final y justificaciones: ¿Por qué se descartaron o se eligieron ciertas opciones?</i> ..	18
4.3	<i>Implementación y logística del puente aéreo</i>	19
4.4	<i>Negociaciones entre las partes implicadas</i>	22
4.5	<i>Colaboración conjunta: la respuesta aliada al desafío soviético</i>	24
5.	<i>Las motivaciones de Stalin para el bloqueo: distintas interpretaciones</i>	26
5.1	<i>El oportunismo geopolítico de Stalin</i>	27
5.2	<i>La búsqueda de Stalin por emular a Pedro el Grande</i>	30
5.3	<i>Stalin y su entorno político: un poder sin contrapeso</i>	34
5.4	<i>Análisis de la decisión del bloqueo</i>	37
6.	<i>Conclusiones</i>	39
7.	<i>Referencias</i>	43

1. Introducción

El presente Trabajo de Fin de Grado se centra en una figura trascendental de la historia del siglo XX, Iósif Stalin, y en el desarrollo de los episodios más relevantes de las relaciones internacionales: el bloqueo de Berlín de 1948-1949. Este evento, ocurrido en los albores de la Guerra Fría, no solo marcó un punto de inflexión en la confrontación entre Estados Unidos y la Unión Soviética, sino que también resaltó la influencia decisiva de las personalidades de los líderes en la diplomacia y la política internacional (Turner, 1987).

Esta investigación se propone explorar las características personales y políticas de Iósif Stalin para entender cómo estas influenciaron su decisión de implementar el bloqueo de Berlín, destacando su papel como líder y personalidad decisiva en uno de los capítulos más tensos de la Guerra Fría. A través de este análisis, el trabajo busca aportar una comprensión más profunda de las motivaciones de Stalin y su manera de ejercer el poder, así como de mostrar los entresijos de la crisis del bloqueo de Berlín.

Dentro de los *objetivos* de este trabajo, el propósito principal de este estudio es analizar de manera integral el carácter y las políticas de Stalin para entender su influencia en la decisión de implementar el bloqueo de Berlín. Se busca examinar el contexto que dio lugar a la Crisis de Berlín, explorando tanto los eventos previos como las dinámicas geopolíticas que configuraron este período crítico. Asimismo, se propone explorar en detalle el desarrollo y los eventos clave de esta crisis, poniendo especial énfasis en la perspectiva de las opciones que Estados Unidos tenía a su disposición y cómo se desarrolló la solución del puente aéreo. Igualmente, se pretende evaluar las diversas interpretaciones historiográficas sobre las motivaciones y estrategias de Stalin durante el episodio, con el objetivo de ofrecer una perspectiva equilibrada y fundamentada.

Desde el punto de vista *metodológico*, este estudio se basará en una revisión exhaustiva de la literatura existente, incluyendo libros, documentales, artículos académicos, y documentos de archivo. Se empleará un enfoque analítico y crítico para evaluar las diferentes perspectivas y argumentos presentados en estas fuentes.

Con respecto a la *estructura* del TFG se organizará en varios apartados, comenzando con un paso detallado por la vida de Stalin, seguida por un análisis del contexto de la Crisis de Berlín, el desarrollo de la crisis y la respuesta de Estados Unidos, y finalmente un apartado sobre las interpretaciones de las motivaciones de Stalin. El trabajo concluirá con reflexiones finales y una bibliografía exhaustiva.

2. Stalin: líder y personalidad central

Iósif Stalin, es indudablemente una figura emblemática del siglo XX, y se trata de un personaje recordado por su liderazgo implacable y por su influencia decisiva en eventos críticos como el bloqueo de Berlín. Su trayectoria desde una niñez llena de adversidades hasta su ascenso como el líder indiscutible de la Unión Soviética, desvela las complejidades de su personalidad y cómo ésta impactó su estilo de gobierno.

Nacido en la Georgia de 1878, en el seno de una familia disfuncional y empobrecida, la infancia de Stalin estuvo marcada por el abuso y el desafío constante. La violencia de su padre alcohólico y las duras condiciones de vida no hicieron sino fomentar en Stalin una determinación férrea y, posiblemente, alimentar la crueldad y la despiadada eficiencia que caracterizarían su liderazgo futuro. Su educación en un seminario ortodoxo fue prácticamente un oasis de estructura en su rebelde juventud, pero por supuesto, no logró moderar su creciente desprecio por la autoridad y su compromiso con la revolución (Montefiore, 2018).

La juventud de Stalin estuvo igualmente marcada por enfermedades y la batalla contra la pobreza, experiencias que forjaron un complejo de inferioridad y una obsesión por el control y la imagen de autoridad. Este deseo de compensar sus inseguridades físicas se manifestaría más adelante en su liderazgo, a través del cultivo de un culto a la personalidad y el uso de tácticas de intimidación para mantener su poder (Schwartz, de Sampigny, Demeulandre, y Werth, 2007).

La implicación de Stalin en la Revolución Bolchevique y su participación en el notorio atraco al Banco Estatal en Tiflis en 1907 subrayan su disposición a emplear la violencia y la

audacia en nombre de la causa. Estos actos de insurgencia no solo proporcionaron hechos cruciales para los bolcheviques, sino que también establecieron a Stalin como una figura prominente dentro del movimiento revolucionario, atrayendo la atención y eventualmente la confianza de Lenin (Montefiore, 2018).

A pesar de ser considerado por algunos contemporáneos como un mero *matón útil* y subestimado por figuras prominentes como Trotsky, Stalin demostró ser excepcionalmente astuto en la consolidación de su poder. La subestimación de sus habilidades políticas por parte de sus rivales solo facilitó su ascenso dentro del Partido Comunista, permitiéndole maniobrar en las sombras y eliminar gradualmente a aquellos que se interponían en su camino hacia el dominio absoluto (Michael, 2022).

Las experiencias políticas y revolucionarias de Stalin forjaron aún más su carácter, llevándolo hacia su consolidación de poder y el ejercicio de un liderazgo marcado por la paranoia y la represión. Este enfoque nos permite profundizar en la evolución de su personalidad y cómo impactó en su gobierno. Stalin no solo se distinguió por su capacidad para maniobrar dentro de las complejas estructuras del Partido Comunista sino también por cómo su personalidad influyó en la creación de un régimen autoritario. La paranoia de Stalin, posiblemente exacerbada por su turbulenta ascensión al poder, lo llevó a orquestar purgas masivas y campañas de terror contra percibidos enemigos del estado. Esta tendencia a ver traición en cada esquina y su incapacidad para tolerar el desacuerdo culminaron en la *Gran Purga*, donde millones de personas fueron ejecutadas o enviadas a campos de trabajo, solidificando su control a través del miedo.

Por lo tanto, la personalidad y el carácter de Stalin, formados por una combinación de experiencias personales tempranas y su ascenso dentro del movimiento revolucionario, se reflejaron profundamente en su estilo de liderazgo. La interacción entre su deseo de poder, su desconfianza inherente hacia los demás y su habilidad para manipular la imagen pública crearon un legado de liderazgo que es recordado tanto por su eficacia en transformar la Unión Soviética en una potencia mundial como por el inmenso costo humano de su gobierno.

La consolidación del poder de Stalin en la Unión Soviética no fue solo un testimonio de su habilidad política, sino también un reflejo de su personalidad compleja y a menudo contradictoria. Tras asegurar su posición como líder supremo después de la muerte de Lenin, Stalin emprendió una transformación radical del país, que se basó tanto en su visión para el futuro de la Unión Soviética como en su interpretación particular del marxismo-leninismo. Este período fue marcado por campañas de industrialización masiva y colectivización forzada, intentos de modernizar la economía soviética a una escala y velocidad sin precedentes. Sin embargo, estos proyectos estuvieron acompañados de una gran represión política, con purgas, ejecuciones y el envío de disidentes a campos de trabajo, lo que refleja la disposición de Stalin a sacrificar individuos por lo que consideraba el bien mayor (Conquest, 2008).

La naturaleza autoritaria de su régimen se vio reforzada por el culto a la personalidad que cuidadosamente cultivó. Stalin se presentó como el heredero legítimo y el intérprete más fiel de Lenin, elevando su propia imagen a la de un líder casi divino. Este culto no solo buscaba reforzar su control sobre el pueblo soviético, sino que también servía para eliminar cualquier desafío a su autoridad, real o percibido. La omnipresencia de su imagen y la constante alabanza en los medios de comunicación estatales no dejaban lugar a dudas sobre quién era el centro absoluto del poder en la URSS (Tucker, 1973).

A nivel internacional, Stalin demostró ser un estratega astuto, aunque despiadado. Su manejo de las relaciones exteriores de la Unión Soviética, especialmente durante la Segunda Guerra Mundial y en los primeros años de la Guerra Fría, evidenció su habilidad para equilibrar la cooperación con las potencias aliadas con la promoción de los intereses soviéticos. La Crisis del bloqueo de Berlín es un claro ejemplo de cómo su desconfianza hacia las potencias occidentales y su determinación para expandir la influencia soviética llevaron a un enfrentamiento que puso a prueba la resolución de ambas partes (Meyer, 2018).

La personalidad de Stalin, con su mezcla de pragmatismo político, crueldad, astucia y paranoia, dejó una marca imborrable en la historia del siglo XX. Su legado es complejo; por un lado, se le reconoce el éxito en la transformación radical de la sociedad soviética, impulsando la industrialización y la colectivización que establecieron a la Unión Soviética como una superpotencia. Por otro lado, su gobierno también estuvo marcado por graves

violaciones de los derechos humanos. La forma en que Stalin moldeó la Unión Soviética y su impacto en el escenario mundial reflejan la intersección de su carácter único con los complejos tiempos en que vivió.

3. El contexto de la Crisis de Berlín

Al concluir la Segunda Guerra Mundial, el mapa geopolítico de Europa se encontraba en un estado de profunda transformación. Las potencias aliadas victoriosas, pese a sus diferencias ideológicas, se habían unido para derrotar al Eje, pero los tratados de paz trajeron consigo nuevas tensiones que se materializarían en la división del continente. Alemania, el epicentro del conflicto bélico, emergió como el principal tablero en el que se jugaría el delicado juego de la diplomacia posguerra. La nación alemana, debilitada y desacreditada por su papel en la guerra, fue dividida en cuatro zonas de ocupación controladas por: Estados Unidos, el Reino Unido, Francia y la Unión Soviética, reflejando, por un lado, un compromiso por supervisar su reconstrucción, pero por otro lado también los diversos intereses de las potencias (Sáenz Rotko y Sanz Díaz, 2022).

Berlín, la capital, a pesar de estar ubicada profundamente dentro de la zona soviética, también fue dividida, simbolizando una fractura cada vez mayor entre las potencias occidentales y la Unión Soviética. Esta división repartía la ciudad en sectores de influencia, pero además creaba una creciente rivalidad Este-Oeste. La coexistencia de diferentes sistemas políticos y económicos dentro de una ciudad dividida creó un ambiente de desconfianza y competencia que pronto se intensificaría.

Fue en esta atmósfera de desconfianza mutua y aspiraciones contrapuestas donde se sembraron las semillas de la Crisis de Berlín. Lo que comenzó como una serie de desacuerdos administrativos y desafíos a la autoridad ocupante, pronto escaló hasta convertirse en un punto de inflexión que pondría a prueba la resolución de los Aliados, la determinación soviética y la fortaleza del orden mundial tras la guerra.

3.1 Acuerdos y conferencias internacionales previas a la crisis

En los últimos coletazos de la Segunda Guerra Mundial, las potencias aliadas comenzaron a diseñar los contornos de lo que sería el orden posbélico. Incluso antes del cese definitivo de las hostilidades, se plantearon visiones para una paz duradera y una recuperación económica sólida. En 1944, representantes de cuarenta y cuatro naciones se reunieron en Bretton Woods, con el propósito de establecer un marco financiero internacional que evitara los errores que condujeron a la Gran Depresión y facilitara la reconstrucción de la posguerra. De estas reuniones surgieron instituciones como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (FMI), diseñadas para promover la cooperación económica internacional y la estabilidad financiera.

Sin embargo, la Unión Soviética, liderada por Stalin, aunque participó en Bretton Woods, se mostró reticente a comprometerse con un sistema que percibía como dominado por intereses capitalistas y, por lo tanto, no ratificó los acuerdos. Esta decisión evidenció la creciente brecha entre los ideales soviéticos y los occidentales, presagiando los conflictos que surgirían en el periodo de posguerra (Steil, 2014).

Las conferencias de Yalta y Potsdam se convirtieron en momentos decisivos en la historia de la diplomacia del siglo XX. En Yalta, en febrero de 1945, Roosevelt, Churchill y Stalin se reunieron para discutir la reorganización de la posguerra. Se acordaron términos para la rendición de Alemania, la división de territorios y el establecimiento de un marco para las Naciones Unidas, con la esperanza de una cooperación futura (Leffler, 1992).

Pero la atmósfera de colaboración se enfrió con la muerte de Roosevelt y la ascensión del joven Harry S. Truman a la presidencia de los Estados Unidos. La conferencia de Potsdam, celebrada en julio y agosto de 1945, se llevó a cabo bajo una nueva tensión. Truman, junto con Churchill y el sucesor de este, Clement Attlee, se enfrentaron a un Stalin cada vez más determinado a asegurar los intereses soviéticos en Europa del Este. Las diferencias entre las visiones de los aliados comenzaron a manifestarse: mientras los occidentales buscaban

consolidar la democracia y reconstruir las economías, la URSS se enfocaba en la seguridad estratégica y la expansión de su modelo político (Gaddis, 2006).

La falta de confianza mutua y las diferencias ideológicas que se hicieron evidentes en estas cumbres fueron precursoras de las tensiones que culminarían en la Crisis de Berlín. La división de Alemania y su capital en zonas de ocupación reflejaba la fractura cada vez más profunda entre Este y Oeste, una fisura que pronto se convertiría en un abismo ideológico y físico que dividiría no solo Europa si no prácticamente al mundo entero en dos bloques opuestos.

3.2 División de Alemania

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, las potencias aliadas se enfrentaron con la tarea de reestructurar Europa. Alemania, el agresor derrotado, se convirtió en el foco de una reorganización sin precedentes. Como se ha mencionado anteriormente, en las conferencias de Yalta y Potsdam, las potencias victoriosas acordaron dividir el país en zonas de ocupación. Este acuerdo no solo tenía la intención de mitigar cualquier futura amenaza militar alemana, sino también de establecer las bases para su eventual reconstrucción y democratización.

La división se realizó de la siguiente manera (ver imagen 1):

- *Zona Soviética:* Incluyendo el sector oriental del país, esta zona estaba bajo el control de la Unión Soviética y abarcaba los estados actuales de Mecklemburgo-Pomerania Occidental, Brandeburgo, Sajonia, Sajonia-Anhalt y Turingia.
- *Zona Estadounidense:* Compuesta por los estados del sur, como Baviera y Baden-Württemberg, esta área estaba administrada por los Estados Unidos.
- *Zona Británica:* En el noroeste, incluía regiones como Baja Sajonia y Renania del Norte-Westfalia, bajo el control del Reino Unido.
- *Zona Francesa:* Constituida por el suroeste del país, incluía áreas como Renania-Palatinado y partes del Sarre, gestionadas por Francia.

El acuerdo estipulaba que cada potencia ocupante sería responsable de la administración civil, el desarme y la *desnazificación* de su respectiva zona. Además, se estableció un *Consejo de Control Aliado*, que buscaba coordinar las políticas entre las zonas y asegurar un tratamiento uniforme de Alemania (Leffler, 1992).

La decisión de dividir Alemania reflejaba no solo las necesidades prácticas de la posguerra, sino también las diferencias ideológicas y estratégicas de las potencias victoriosas. Mientras que la URSS buscaba expandir su influencia y asegurar un cinturón de estados socialistas amigos en Europa del Este, las potencias occidentales, lideradas por los Estados Unidos, tenían como objetivo la creación de una Europa estable y democrática que pudiera resistir la expansión del comunismo (Leffler, 1992).

La división de Alemania estableció las bases para la futura República Federal de Alemania (RFA) en el oeste y la República Democrática Alemana (RDA) en el este, lo que simbolizó la división política y económica de Europa durante la Guerra Fría. (Werle y Vormbaum, 2012).

3.3 División de Berlín

Berlín, a pesar de su ubicación profundamente dentro de la zona soviética, fue otorgada un estatus especial en la Conferencia de Potsdam, considerándola como una zona internacional. La ciudad se dividió en cuatro zonas de ocupación, cada una administrada por una de las potencias aliadas: Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos en el oeste, y la Unión Soviética en el este (como se ilustra en la Imagen 1). Además, se estableció un gobierno militar conjunto, conocido como la *Kommandatura*, integrado por los comandantes de cada potencia (Marcelino, 2017).

Esta estructura de gobierno estaba destinada a facilitar la administración conjunta de Berlín, pero pronto se vio afectada por las crecientes tensiones ideológicas y políticas entre las potencias ocupantes. Mientras las zonas occidentales se inclinaban hacia un sistema democrático y económico capitalista, el sector soviético enfatizaba el modelo socialista. Esta

divergencia en las políticas y sistemas de gobierno fue una fuente constante de conflicto y desacuerdo.

La situación en Berlín se tensó aún más con la implementación de la reforma monetaria de 1948 por las potencias occidentales en sus sectores, sin la participación soviética. La introducción del *Deutschmark* en lugar del *Reichsmark* fue un cambio significativo que no fue consultado con la Unión Soviética, lo cual fue interpretado como un desafío a la autoridad soviética y un paso hacia la consolidación de un bloque occidental separado en Alemania y Berlín (Flandreau, Holtfrerich, y James, 2003).

La decisión soviética de retirarse de la *Kommandatura* reflejó la ruptura en la administración conjunta de la ciudad y exacerbó las tensiones, llevando a la Crisis de Berlín. Se estableció un punto de inflexión en la relación entre las potencias ocupantes. Berlín se convirtió en un símbolo de la división ideológica y política de Europa, un microcosmos de la lucha global entre el capitalismo y el socialismo, y el escenario de uno de los primeros y más significativos enfrentamientos de la Guerra Fría.

Imagen 1



Fuente: Marcelino, 2017.

4. Desarrollo de la crisis y respuesta de Estados Unidos

Una vez explicado el contexto internacional previo a la Crisis de Berlín, este apartado se centra en el análisis detallado del desarrollo de la misma, un periodo calve en la historia de las relaciones internacionales durante la Guerra Fría.

La decisión de Iósif Stalin de imponer un bloqueo a Berlín Occidental en junio de 1948 marcó el inicio de una confrontación directa entre las potencias soviéticas y occidentales, en especial con Estados Unidos, poniendo a prueba la resiliencia, la diplomacia y la estrategia militar de ambas partes. A través de este capítulo, se examinará cómo se desencadenó el bloqueo, las respuestas y estrategias consideradas por Estados Unidos y sus aliados, la implementación y consecuencias del puente aéreo, y las dinámicas de comunicación y negociación entre las partes involucradas. Además, se evaluará el papel y las perspectivas de los aliados occidentales, Gran Bretaña y Francia, en respuesta a la crisis. Este análisis pretende ofrecer una comprensión profunda de cómo un evento específico en el corazón de Europa no solo reflejó las tensiones de la época, sino que también modeló el curso de la Guerra Fría en los años venideros.

4.1 Breve descripción de la Crisis de Berlín

El 24 de junio de 1948 y tras el incremento de las tensiones entre los soviéticos y las otras potencias vencedoras, Stalin tomó la sorprendente decisión de realizar un bloqueo total de todas las llegadas de cualquier tipo de abastecimientos a la parte de Berlín occidental.

En tan solo unas horas, los soviéticos cortaron: el acceso fluvial por los ríos, el terrestre por la autopista principal y la estación de tren y todos los suministros de electricidad y gas. Al encontrarse esta zona rodeada de territorio soviético y estando a varios kilómetros de la frontera con la Alemania Occidental, los berlineses de las zonas controladas por las potencias se quedaron completamente aislados. Esta acción puso de manifiesto la división ideológica entre las URSS y las potencias occidentales y transformó a Berlín en el escenario de un audaz juego político.

Las potencias aliadas occidentales respondieron al bloqueo con urgencia y precaución, deliberando sobre la crisis en una serie de encuentros diplomáticos. La gravedad de la situación requería una solución que asegurase tanto la supervivencia inmediata de los berlineses como la presencia continuada de los aliados en la ciudad.

Dos días después de instaurar el bloqueo, la respuesta aliada tomó forma de puente aéreo, inicialmente una operación modesta que pondría a prueba la viabilidad del abastecimiento aéreo completo. Conocida como *Operación Vittles*, la iniciativa estadounidense comenzó a enviar suministros esenciales. Sin embargo, a medida que el bloqueo se extendía, las operaciones se intensificaron, y el puente aéreo se expandió en escala y eficacia.

A lo largo del verano y otoño de 1948, el volumen de los vuelos del puente aéreo y la cantidad de suministros transportados aumentaron dramáticamente. Se introdujeron sistemas avanzados de gestión de tráfico aéreo y se ampliaron las infraestructuras aeroportuarias para manejar el creciente flujo de aeronaves. La Royal Air Force (RAF) británica y las fuerzas francesas jugaron roles vitales en esta operación, administrando aeródromos claves y contribuyendo con aeronaves y tripulaciones.

El invierno trajo consigo nuevos desafíos, con condiciones meteorológicas adversas que amenazaban la continuidad del puente aéreo. Sin embargo, bajo la dirección de expertos como el General William H. Tunner, se implementaron innovaciones técnicas que permitieron a los aviones continuar aterrizando en Berlín bajo condiciones de baja visibilidad. El uso de tecnología de navegación de punta, junto con pronósticos meteorológicos precisos, aseguró que los suministros llegaran sin cesar a la ciudad sitiada.

La primavera de 1949 marcó el comienzo del fin del bloqueo. La eficacia del puente aéreo, junto con la presión política internacional, forzó a la Unión Soviética a buscar una salida al estancamiento. Tras meses de tensiones y negociaciones indirectas, el bloqueo fue finalmente levantado el 12 de mayo de 1949, restableciendo el acceso terrestre y fluvial a Berlín Oeste y reafirmando el éxito de la respuesta aliada.

La Crisis de Berlín puso a prueba la resolución de las potencias occidentales, y estableció un precedente para el manejo de conflictos durante la Guerra Fría. A través de un enfoque creativo y una firme voluntad política, los aliados demostraron que era posible contrarrestar las tácticas de coacción soviéticas sin recurrir a la confrontación militar. Este episodio se convertiría en un ejemplo icónico del poder de la diplomacia, la innovación y la solidaridad internacional en tiempos de crisis.

4.2 Respuesta de Estados Unidos: opciones consideradas

En este apartado, examinaremos con detalle las distintas estrategias que Estados Unidos consideró como respuesta a la decisión de Stalin de bloquear Berlín. Analizaremos la gama de opciones que estaban sobre la mesa para los estrategas estadounidenses, desde medidas diplomáticas hasta acciones militares, y cómo cada una de ellas reflejaba los diferentes enfoques y objetivos políticos de la época. Este análisis nos permitirá comprender la complejidad de la situación y las implicaciones de cada posible curso de acción.

4.2.1 Respuesta militar ante el bloqueo

La consideración de una respuesta militar al bloqueo de Berlín implicó a las más altas esferas de la política y la estrategia militar estadounidense. El presidente Harry S. Truman, el Secretario de Estado Dean Acheson, y figuras militares de alto rango como el Secretario de Defensa James Forrestal y el Jefe de Estado Mayor, General Omar Bradley, formaban parte del grupo que evaluó las posibles respuestas al bloqueo soviético. Estos líderes, junto con sus consejeros y el Estado Mayor Conjunto, debatieron intensamente sobre el curso de acción apropiado, ponderando los beneficios y riesgos de una intervención militar directa (McMahon, 2009).

Los argumentos a favor de una acción militar se centraban en la demostración de fuerza y el compromiso con la protección de Berlín y el resto de Europa Occidental. Los defensores de esta postura argumentaban que era vital mostrar a la Unión Soviética que Estados Unidos y sus aliados no retrocederían ante la agresión y que estaban dispuestos a emplear todas las herramientas necesarias para mantener la estabilidad y el orden en Europa.

Una respuesta militar, como la formación de tropas armadas para romper el bloqueo terrestre, podría haber demostrado la seriedad de los compromisos occidentales y disuadido futuras agresiones soviéticas (Powell, 2015).

Sin embargo, la opción militar conllevaba riesgos significativos. Primero, había un temor palpable de que el uso de la fuerza militar pudiera escalar rápidamente en un enfrentamiento directo con la Unión Soviética, potencialmente desencadenando una guerra total entre las superpotencias, en un momento en que el mundo aún estaba recuperándose de la Segunda Guerra Mundial y ajustándose al nuevo orden posbélico. Además, existía el riesgo de una respuesta soviética que pudiera incluso incluir el uso de armas nucleares, lo que elevaba el peligro a un nivel existencial para la humanidad (Acton, 2018).

Políticamente, el uso de la fuerza militar también planteaba dilemas. Internamente en Estados Unidos, se había requerido un fuerte apoyo del congreso y de la opinión pública, que estaba cansada de la guerra. Internacionalmente, podría haber dañado la credibilidad de Estados Unidos como una fuerza para la paz y la estabilidad, y en la esfera global, podría haber tenido consecuencias negativas para la imagen de Estados Unidos y sus aliados, posiblemente dividiendo a la opinión pública y debilitando la cohesión de la OTAN (Acton, 2018).

4.2.2 Negociaciones con la URSS de Stalin

Dentro de la administración de Truman, continuaron los debates sobre la mejor manera de abordar la Crisis de Berlín. Mientras que la novedosa Doctrina Truman, abogaba por la contención del comunismo y, por ende, sugería una postura firme frente a las acciones soviéticas, algunos asesores y diplomáticos consideraron la negociación como una vía viable para evitar un mayor deterioro de las relaciones Este-Oeste. Entre los defensores de explorar opciones diplomáticas estaba George F. Kennan, arquitecto de la política de contención y autor del *Largo Telegrama*, quien a menudo abogaba por un enfoque pragmático hacia la Unión Soviética, sugiriendo que la negociación podía ser un medio para lograr compromisos sin ceder ante la presión soviética (Kennan, 2020).

Añadiendo a este enfoque, la figura de Llewellyn E. Thompson, Embajador de Estados Unidos en la Unión Soviética, desempeñó un papel crucial en las negociaciones durante la crisis. Thompson, conocido por su capacidad para mantener líneas de comunicación abiertas incluso en los momentos más tensos de la Guerra Fría, fue un defensor del diálogo y la diplomacia, promoviendo la exploración de soluciones diplomáticas que pudieran aliviar la situación sin recurrir a la confrontación (Schick, 1965).

La confluencia de estas perspectivas dentro de la administración Truman refleja la complejidad de la política exterior estadounidense en un período en el que las tensiones entre el deseo de mostrar resolución ante la expansión soviética y la necesidad de evitar una escalada potencialmente catastrófica nunca fueron más agudas. La diplomacia de la Guerra Fría requirió un balance delicado entre la firmeza y la flexibilidad, una tarea que desafió a las mejores mentes de la época.

La principal ventaja percibida de negociar con Stalin radicaba en la posibilidad de resolver pacíficamente la Crisis de Berlín, asegurando el acceso a la ciudad sin recurrir al uso de la fuerza militar, lo cual como he comentado anteriormente, podría haber desencadenado una confrontación directa entre las superpotencias nucleares. Además, una negociación exitosa podría haber abierto canales para un diálogo más amplio sobre la estabilidad en Europa y potencialmente reducido las tensiones de la Guerra Fría. Sin embargo, la propuesta de negociar también presentaba riesgos significativos. Primero, cualquier concesión en Berlín podría interpretarse como una señal de debilidad por parte de los Estados Unidos y sus aliados, potencialmente alentando a la Unión Soviética a realizar nuevas demandas en otras partes de Europa. Además, ceder Berlín podría haber tenido graves consecuencias para la moral y el apoyo político en las zonas occidentales de Alemania y en toda Europa, dañando la credibilidad de Estados Unidos como defensor de la libertad y la democracia (Schick, 1965).

4.2.3 Doctrina Truman

Antes de exponer la decisión final que tomaron los norteamericanos para hacer frente al bloqueo de Berlín es necesario explicar la principal idea por la que se regía la política exterior norteamericana de la época: *La Doctrina Truman*.

Esta doctrina fue articulada por el presidente Harry S. Truman en 1947, representó un cambio paradigmático en la política exterior de Estados Unidos, estableciéndose como un principio rector en el esfuerzo por contener la expansión del comunismo durante la Guerra Fría. Originada en el contexto de la inestabilidad política y económica de la posguerra, especialmente en Europa, esta doctrina marcó el compromiso de Estados Unidos con la defensa y promoción de la democracia y la libertad frente a la amenaza percibida del totalitarismo soviético (Bostdorff, 2008).

El núcleo de la Doctrina Truman se basaba en la premisa de que Estados Unidos debería apoyar a las naciones libres que se resistían a ser dominadas por minorías armadas internas o por presiones externas. Este apoyo se manifestaría tanto en asistencia económica como militar, con el objetivo de prevenir la caída de estas naciones dentro de la esfera de influencia comunista. Aunque en un inicio la política se anunció en el contexto de proporcionar ayuda a Grecia y Turquía, que se enfrentaban a presiones internas y externas que amenazaban sus sistemas políticos democráticos, el alcance de la doctrina se extendió rápidamente, convirtiéndose en una estrategia global de Estados Unidos para contener el avance del comunismo en todo el mundo (Merrill, 2006).

La aplicación de la Doctrina Truman se extendió significativamente más allá de Grecia y Turquía, afectando directamente la política estadounidense hacia la Unión Soviética y sus acciones en Europa, concretamente en este contexto de la Crisis de Berlín. Como he comentado anteriormente, esta ciudad ubicada profundamente dentro de la zona de ocupación soviética en Alemania se convirtió en un símbolo de la lucha ideológica entre el comunismo y la democracia. La decisión de Stalin de bloquear Berlín puso a prueba la resolución de Estados Unidos bajo los principios de la Doctrina Truman (Shlaim, 1983).

La efectividad de la Doctrina Truman en la contención del comunismo ha sido objeto de amplio debate y análisis. Sin embargo, es indiscutible que estableció el marco para la política exterior estadounidense durante la Guerra Fría, señalando un compromiso activo de Estados Unidos en asuntos globales y la defensa del orden liberal internacional. El legado de la Doctrina Truman resuena en la forma en que Estados Unidos ha seguido involucrándose en

el mundo, especialmente en su disposición a intervenir, ya sea política, económica o militarmente, en situaciones donde percibe que los valores democráticos están en riesgo (Hampl, 2010).

4.2.4 Decisión final y justificaciones: ¿Por qué se descartaron o se eligieron ciertas opciones?

De acuerdo con lo expuesto en el anterior apartado, la Doctrina Truman, consagrada en la retórica de la contención del comunismo y la promoción de la democracia, encontró en la Crisis de Berlín uno de sus primeros y más severos exámenes. La encrucijada que representaba el bloqueo de Berlín exigía de Estados Unidos una respuesta que estuviese a la altura de sus declaraciones de superpotencia sin precipitarse en los inicios de una guerra total. Ante este dilema, las opciones sobre la mesa reflejaban un espectro de posibles respuestas que como hemos visto iban desde la negociación hasta la confrontación directa.

La elección de la vía a seguir se vio influida por una serie de justificaciones estratégicas, ideológicas y pragmáticas. Negociar con la Unión Soviética como se explica anteriormente podría haber parecido una salida diplomática atractiva y potencialmente rápida para resolver la situación. Sin embargo, la administración de Truman, leal a la visión de la Doctrina Truman, entendía que ceder ante el bloqueo soviético podría interpretarse como una debilidad, no solo en Berlín sino en todo el teatro europeo y global donde la influencia comunista amenazaba con expandirse. Una negociación exitosa con la URSS era incierta y presentaba el riesgo de abrir el apetito expansionista soviético, lo que podría haber sentado un precedente peligroso para futuras confrontaciones (Merrill, 2006)

Por otro lado, la opción militar, aunque teóricamente efectiva para mostrar determinación, era demasiado arriesgada. La posibilidad de una guerra abierta con la URSS, y potencialmente una guerra nuclear, era un resultado que ningún líder deseaba. En este escenario, la contención no justificaba el costo inmenso que la humanidad tendría que pagar (McMahon, 2009).

Ante estas alternativas, la posibilidad de crear un puente aéreo emergió como la opción que mejor equilibraba los principios de la Doctrina Truman con las realidades geopolíticas y humanitarias de la época. La decisión de abastecer a Berlín Occidental por aire demostraba un ingenioso compromiso con la contención del comunismo y el mantenimiento de la presencia estadounidense y aliada en la ciudad, sin ceder al ultimátum soviético. Esta operación no solo era una demostración de la capacidad logística y el compromiso de los Aliados, sino que también servía como un potente símbolo de resistencia frente a la opresión soviética y un testamento a la resolución de mantener la libertad en un enclave rodeado por el bloque comunista (Hampl, 2010).

El éxito del puente aéreo, manteniendo Berlín Occidental durante los 11 meses del bloqueo, fue una validación de la política de contención y fortaleció la percepción internacional de los Estados Unidos como un actor comprometido con soluciones pacíficas y constructivas a los conflictos internacionales. Esta operación no solo consolidó la reputación de los Estados Unidos y sus aliados como defensores de la libertad, sino que también estableció un precedente para la resolución de crisis futuras, mostrando que la paciencia y la innovación podían prevalecer sobre la confrontación.

En última instancia, la resolución de la Crisis de Berlín a través del puente aéreo reafirmó el liderazgo estadounidense en el escenario mundial y dejó un legado duradero en la política exterior de Estados Unidos. La firmeza en sus convicciones, combinada con un enfoque creativo y pragmático hacia la diplomacia, se convirtió en una característica definitoria de la respuesta estadounidense a los desafíos internacionales en la era de la Guerra Fría.

4.3 Implementación y logística del puente aéreo

La respuesta al bloqueo por parte de las potencias occidentales no se hizo esperar. Tan solo dos días después del inicio del bloqueo, los americanos tomaron la iniciativa y, junto a ingleses y franceses, pusieron en marcha un gigantesco puente aéreo para enviar medicamentos, harina, trigo, carbón y todo tipo de alimentos. Esta idea no surgió de la nada, en 1945 los aliados habían elaborado un acuerdo con los soviéticos sobre el control aéreo de

Berlín a través del cual, los aviones podrían volar por tres corredores aéreos de 30 kilómetros de ancho que conducían a los dos pequeños aeródromos de Berlín: *Tempelhof* y *Gatow*, y los hidroaviones podían amerizar en el lago Havel. Siguiendo este acuerdo, los norteamericanos pusieron en marcha varios de sus bombarderos C-54 y B-29, que podían cargar unas diez toneladas por cada vuelo. La Royal Air Force inglesa aportó sus *Avro York* y *Handley Page Hastings*, y los franceses su *Douglas C-47*. Con esta primera respuesta se consiguieron un total de 277 aeronaves que tratarían de hacer frente a la decisión de Stalin de bloquear Berlín (Miller, 2008).

Previo al bloqueo llegaban diariamente entre 9.000 y 15.500 toneladas de suministros, y de la noche a la mañana, dejaron de hacerlo. De las reservas se estima que quedaba carbón para 45 días y comida para únicamente un mes (Swift, 2003). Las evaluaciones iniciales calculaban que, para sobrevivir, Berlín necesitaba al menos 4.000 toneladas de suministros cada día, cifra que el General Lucius D. Clay consideró optimista y posible mediante un *gran operativo*, sin embargo, las potencias occidentales debían de actuar cuanto antes y con la mayor rapidez posible ante esta situación (Hanson, 2008).

Con el pasar de los días, y ante la evidencia de la prolongación del bloqueo, se realizó una reevaluación de las necesidades, ajustando la cifra necesaria a 4.500 toneladas diarias, que posteriormente se incrementó a 5.620 toneladas para abarcar un espectro más amplio de suministros, desde alimentos y carbón hasta suministros médicos y combustible. Este ajuste reflejaba no solo la voluntad de asegurar la supervivencia de Berlín sino de permitirle prosperar a pesar del cerco impuesto. En la siguiente *tabla 1* se muestra un desglose de la distribución de las 5.620 toneladas de suministros que se necesitaban diariamente para la ciudad de Berlín y cómo se desglosaban para la población alemana y las fuerzas militares de EE. UU., Reino Unido y Francia.

Tabla 1: Suministros necesarios para el puente aéreo

Para la población alemana:	Toneladas
Alimentos	1.435
Carbón	3.084
Suministros Comercio e Industria	255
Papel periódico	35
Combustible líquido	16
Suministros médicos	2
Subtotal	4.827
Militares de EE. UU., Reino Unido y Francia:	763
Tres vuelos diarios de pasajeros C-54 (EE. UU. y Francia)	30
Total Toneladas	5.620

Fuente: Elaboración propia a partir de Brunhaver, 1996.

En este contexto de necesidad y urgencia, el General William H. Tunner emergió como una figura central en la implementación y éxito del puente aéreo. Con experiencia previa en operaciones de transporte aéreo masivo durante la Segunda Guerra Mundial en *La Joroba (The Hump)* sobre el Himalaya, Tunner fue designado para liderar la operación de Berlín. Su enfoque se centró en la eficiencia, la precisión y la innovación operativa para enfrentar y superar el desafío logístico sin precedentes que el bloqueo representaba. Tunner introdujo métodos y estrategias que transformaron radicalmente la operación. La implementación del método de flujo continuo, permitiendo que los aviones aterrizaran en Berlín cada tres minutos, maximizó la capacidad de entrega y minimizó los tiempos de espera, abordando efectivamente la restricción de espacio en los aeropuertos y los estrechos corredores aéreos. Bajo su mando, la operación aumentó su capacidad de menos de 2.000 toneladas diarias al inicio, a más de 7.000 toneladas, superando incluso las necesidades revisadas de Berlín (Hanson, 2008).

La implementación del puente aéreo no solo se enfrentó al desafío numérico de las toneladas necesarias sino también a las limitaciones físicas y operativas. Los aeropuertos de partida y llegada, inicialmente inadecuados para el volumen y peso de las operaciones previstas, fueron modernizados y ampliados en un esfuerzo continuo que incluyó la construcción de nuevas pistas y el fortalecimiento de las ya existentes para soportar el tráfico

pesado de los aviones C-54, los más utilizados en la operación. El manejo del tráfico aéreo y la seguridad de las operaciones se aseguraron mediante procedimientos estandarizados y guías operativas para las tripulaciones y el personal de control, enfrentando y superando las amenazas de hostigamiento y sabotaje por parte de la Unión Soviética. A pesar de estos desafíos, la operación mantuvo un registro impresionante de seguridad y eficiencia. La integración de personal alemán para el mantenimiento y operaciones de carga fue otra innovación crucial. Contrario a las expectativas iniciales, estos trabajadores demostraron ser muy competentes contribuyendo significativamente a la eficiencia y al éxito de la operación. Este enfoque facilitó la implementación logística y además fortaleció los lazos entre los berlineses y las fuerzas aliadas, subrayando el carácter colaborativo y multinacional del esfuerzo entre las potencias occidentales (Hanson, 2008).

En cuanto a las complicaciones de este corredor aéreo, uno de los desafíos más significativos fueron las complicaciones meteorológicas, estas representaron una amenaza constante para la continuidad y seguridad del puente aéreo. La niebla, las bajas nubes y la visibilidad reducida eran comunes en los corredores aéreos hacia Berlín, lo que exigía soluciones innovadoras. Bajo la dirección de Tunner, se implementaron tecnologías de vanguardia para la navegación y el aterrizaje, como el sistema GCA (*Ground Controlled Approach*), que permitió a los aviones aterrizar en condiciones de baja visibilidad. Este enfoque proactivo minimizó los impactos del clima adverso y mantuvo la eficiencia de las operaciones aéreas. La utilización de pronósticos meteorológicos precisos y el despliegue de aviones para informes meteorológicos en tiempo real fueron otras estrategias clave para mitigar los efectos del clima. Estas medidas aseguraron que, incluso en las condiciones más difíciles, el flujo continuo de suministros hacia Berlín no se detuviera (Hanson, 2008).

4.4 Negociaciones entre las partes implicadas

La Crisis de Berlín puso a prueba la resiliencia de los canales diplomáticos establecidos en la posguerra. La comunicación entre las potencias occidentales y la Unión Soviética era tensa y se realizaba a través de varios medios, incluyendo la diplomacia directa, los mensajes públicos y las negociaciones en conferencias internacionales. Las embajadas en Moscú, Washington y las capitales europeas fueron puntos neurálgicos de comunicación donde los

diplomáticos transmitían mensajes cuidadosamente codificados entre las partes. Además, se utilizaron los medios de comunicación como forma de presentar las posturas de cada lado al público global, tratando de influir en la percepción pública y ejercer presión política (Kurizaki, 2007).

La dinámica de comunicación también fue intensa en las reuniones del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, donde las partes presentaban sus argumentos y justificaciones ante la comunidad internacional. Esta plataforma proporcionó un espacio para el debate y la búsqueda de soluciones, aunque las resoluciones a menudo eran vetadas por uno de los miembros permanentes del consejo.

Con respecto a la comunicación que tenían las potencias occidentales, a pesar de compartir un objetivo común, necesitaban mantener una comunicación constante y efectiva para asegurar la cohesión de su estrategia. Las reuniones periódicas entre líderes militares y civiles, tanto en persona como a través de comunicaciones seguras, eran esenciales para coordinar la respuesta al bloqueo de Berlín. La colaboración se extendió a aspectos logísticos, políticos y de inteligencia, donde la información era compartida y analizada conjuntamente. En este contexto de cooperación, figuras como el General Lucius D. Clay, administrador militar de la zona estadounidense de ocupación en Alemania, y Ernest Bevin, Ministro de Asuntos Exteriores británico, fueron esenciales para mantener la unidad de los aliados y la firmeza ante la Unión Soviética (Harrington, 2012).

Dentro de toda la gestión de información de la crisis, resalta la figura de Donald Maclean, miembro del grupo de espías conocido como *los Cinco de Cambridge*, jugó un papel distinto pero crucial. Operando clandestinamente para la Unión Soviética y los intereses de Stalin, Maclean filtraba información sensible desde su posición en la embajada británica en Washington. Sus acciones vulneraban la seguridad occidental y proporcionaban a la Unión Soviética una ventana a las intenciones y estrategias de las potencias aliadas, influyendo en las tácticas de Stalin durante la crisis (Kerr, 1990).

En cuanto a las negociaciones, estas eran un campo abierto de propuestas y contraofertas, con cada parte tratando de maximizar sus intereses sin ceder demasiado

terreno. Los occidentales enfocaron sus estrategias en la resolución pacífica del bloqueo y la reafirmación de su derecho a permanecer en Berlín. Por su parte, la URSS buscaba utilizar el bloqueo como una palanca para obtener concesiones políticas y el reconocimiento de su hegemonía en Europa del Este. Las negociaciones se estancaron en varios puntos, evidenciando la profundidad de las divergencias ideológicas y políticas entre las partes.

Finalmente, el resultado de las negociaciones fue mixto. Por un lado, como hemos comentado, el puente aéreo demostró la determinación de los aliados y su capacidad para superar la presión soviética sin recurrir a la confrontación militar. Por otro lado, la falta de un acuerdo claro que resolviera los problemas subyacentes significaba que la tensión continuaría dominando las relaciones Este-Oeste. La eventual elevación del bloqueo el 12 de mayo de 1949 no fue fruto de un acuerdo diplomático directo sino como una aceptación tácita por parte de la Unión Soviética de que el bloqueo no había conseguido sus objetivos y que la presión internacional y la resiliencia aliada eran demasiado fuertes para ignorarlas.

Las comunicaciones, negociaciones y relaciones durante la Crisis de Berlín revelan la complejidad de la diplomacia en tiempos de tensión internacional. Las dinámicas de poder, la influencia de la inteligencia encubierta y la determinación de mantener principios democráticos fundamentales definieron este periodo.

4.5 Colaboración conjunta: la respuesta aliada al desafío soviético

La colaboración de los aliados occidentales, especialmente del Reino Unido y Francia, durante el bloqueo de Berlín, fue crucial y compleja, abarcando desde el apoyo logístico y militar hasta las iniciativas diplomáticas. Vamos a explorar en detalle la actitud y las contribuciones de estas naciones, cómo se alinearon sus perspectivas con las de EE. UU., las coordinaciones realizadas, y cualquier discrepancia que pudiera haber surgido durante la operación.

Por un lado, el Reino Unido jugó un papel vital en la operación del puente aéreo. La Royal Air Force no solo aportó aviones y tripulaciones, sino que también administró uno de los aeropuertos clave en Berlín, el aeródromo de *Gatow*, en el sector británico. Los británicos

volaron una variedad de tipos de aviones, que incluían *Avro Lancastrians* y *Avro Yorks*, *Handley-Page Hastings*, y *Shorts Sunderlands* que amarizaban en el lago Havel con cargas de sal, un recurso vital para la ciudad sitiada. En términos de actitud, el Reino Unido demostró un compromiso inmediato hacia el esfuerzo de apoyo a Berlín. Este compromiso se manifestó tanto en la asignación rápida de recursos como en la voluntad de coordinar estrechamente con Estados Unidos y Francia. A pesar de la presión política interna y la carga económica que representaba, la RAF asumió su papel en la operación con determinación, consciente de la importancia estratégica y moral de su éxito (Peplow, 2010).

Por la otra parte de los aliados, Francia, aunque más limitada en capacidad que sus contrapartes angloamericanas, también proporcionó apoyo significativo. Los franceses contribuyeron con aviones, como el robusto Douglas C-47, y con el manejo del aeropuerto de *Tegel*, situado en su sector de Berlín. Francia también tenía un interés estratégico en mantener su presencia en Berlín y, por extensión, en Alemania. La solidaridad francesa fue esencial para presentar un frente unido ante la Unión Soviética y reafirmar su posición como una de las potencias líderes en Europa (Miller, 2000).

La coordinación entre EE.UU., el Reino Unido y Francia fue un elemento crítico para el éxito del puente aéreo. Se estableció una planificación meticulosa que aseguraba la sincronización de los vuelos, la estandarización de procedimientos y la maximización de la eficiencia logística. Las reuniones periódicas y las comunicaciones seguras facilitaron esta cooperación, permitiendo una toma de decisiones ágil y coherente. Esta coordinación se demostró en el uso compartido de corredores aéreos y aeropuertos, y en el establecimiento de una cadena de suministro coherente que optimizaba la contribución de cada nación. Además, se acordaron protocolos para el mantenimiento y la operación conjunta, aprovechando al máximo las fortalezas de cada aliado. A pesar de la imagen de unidad, hubo desafíos y discrepancias en la alianza. Por ejemplo, hubo debates sobre la cantidad y tipo de suministros que se debían priorizar y cómo equilibrar los requisitos militares con las necesidades civiles. Sin embargo, estas diferencias se gestionaron a través del diálogo y la negociación, siempre con el objetivo de mantener la misión del puente aéreo en el camino correcto (Harrington, 2012).

Las perspectivas sobre el bloqueo y su resolución variaron entre los aliados. Mientras que EE.UU. era visto como el principal impulsor detrás del puente aéreo, el Reino Unido y Francia también vieron la operación como esencial para la estabilidad europea y como un testamento a la capacidad de las democracias occidentales para resistir el totalitarismo soviético. La eventual resolución del bloqueo fue vista por los aliados no solo como una victoria logística sino también como un triunfo diplomático y moral.

5. Las motivaciones de Stalin para el bloqueo: distintas interpretaciones

A lo largo de este estudio, hemos explorado con detenimiento la figura de Iósif Stalin, un líder cuyo nombre está indisolublemente ligado a uno de los momentos más críticos de las relaciones internacionales en el siglo XX: *la Crisis de Berlín*. Desde su ascenso al poder hasta su consolidación como líder indiscutible de la Unión Soviética, hemos desentrañado las complejidades de su personalidad y cómo su estilo de liderazgo, marcado por la paranoia, la determinación y una astucia política envidiable, influyeron en el curso de la historia contemporánea. Al adentrarnos en los sucesos que desembocaron en el bloqueo de Berlín, hemos considerado no solo el contexto geopolítico que propició este enfrentamiento sino también el impacto inmediato y las repercusiones a largo plazo que tuvo en la dinámica de la Guerra Fría y las relaciones Este-Oeste.

Sin embargo, a pesar de la profundidad de este análisis hasta el momento, persiste una cuestión fundamental que requiere de una exploración más exhaustiva: ¿Qué motivaciones subyacían en la decisión de Stalin de bloquear Berlín? Esta interrogante nos lleva más allá de la mera especulación sobre intereses geopolíticos o económicos, invitándonos a adentrarnos en la psique de un líder cuyas decisiones estuvieron tan influenciadas por su carácter personal como por las circunstancias externas.

En este apartado crucial en este trabajo de investigación, nos proponemos abordar esta pregunta desde múltiples ángulos, examinando cómo la personalidad de Stalin, sus percepciones de aislamiento y su deseo de afirmar un liderazgo absoluto sobre su país y sobre

el escenario internacional, pudieron haber configurado su estrategia durante la Crisis de Berlín. Asimismo, consideraremos cómo su liderazgo totalitario y las dinámicas de poder dentro de la Unión Soviética contribuyeron a un entorno en el cual la contraposición a sus decisiones era prácticamente nula, alimentando así un curso de acción que desafiaría las normas de la diplomacia internacional y pondría a prueba la resolución de las potencias occidentales.

A través de un análisis detallado, sustentado en una rigurosa revisión de fuentes primarias y secundarias, este apartado busca ofrecer una interpretación holística de las motivaciones de Stalin, proporcionando nuevas perspectivas que enriquezcan nuestra comprensión de este episodio clave en la historia del siglo XX. En última instancia, aspiramos a que esta exploración contribuya significativamente al cuerpo académico existente, arrojando luz sobre las complejas intersecciones entre personalidad, poder y política en la toma de decisiones que definen momentos críticos en las relaciones internacionales.

5.1 El oportunismo geopolítico de Stalin

En el apartado tres de este trabajo ya se han expuesto las ideas principales sobre la personalidad de Stalin como personaje central de este trabajo, pero es importante profundizar sobre algunos aspectos que refuerzan la idea de Stalin con una personalidad enfermiza, mezclada por oportunismo, brutalidad, deslealtad y autoritarismo, evidenciados por múltiples eventos a lo largo de su vida y carrera política. Su ascenso al poder, en particular después de la muerte de Lenin, destaca su habilidad para maniobrar dentro del Partido Comunista y eliminar a sus oponentes (Applebau, 2003).

Inicialmente, como un menchevique que luego se alineó con los bolcheviques, Stalin demostró un oportunismo político que le permitió adaptarse y sobrevivir en el cambiante entorno revolucionario ruso. Su participación en la expropiación del banco de Tiflis en 1907 resalta su disposición a emplear tácticas radicales y violentas para avanzar en los objetivos revolucionarios, aunque más tarde, esta acción fue cuidadosamente eliminada o minimizada en sus biografías oficiales para mantener una imagen más respetable (Applebau, 2003).

Explorando con profundidad la personalidad y las tácticas políticas de Stalin, es fundamental analizar cómo ascendió al poder y cómo eliminó sistemáticamente a sus rivales y a cualquier amenaza percibida. A través de sus actuaciones y escritos, Stalin reveló un carácter definido por el oportunismo, la brutalidad y un autoritarismo despiadado. Stalin utilizó el aparato burocrático del Partido Comunista para acumular poder. Su estrategia incluyó el control sobre los medios de comunicación y la manipulación de la información, como lo demuestra su táctica de editar fotografías para eliminar a rivales políticos como Trotski, Zinóviev y Kámenev de la memoria colectiva, reescribiendo efectivamente la historia para consolidar su imagen como el indiscutible líder soviético (McCauley, 2009).

La confrontación de Stalin con Trotsky ilustra claramente su estrategia política. Tras la muerte de Lenin, Stalin se movió astutamente para marginar y finalmente exiliar a Trotsky, neutralizándolo como un importante rival político y teórico. Incluso en el exilio, Stalin mantuvo su desconfianza hacia Trotsky, al punto de que cualquier asociación con él por parte de miembros del partido significaba una condena segura. Este hecho se refleja de manera muy clara en el caso de un militar que mantenía una estrecha relación con Trotsky. Durante el régimen stalinista, Blumkin visitó a Trotsky en Constantinopla para consultarle si debía seguir sirviendo a un gobierno que perseguía, deportaba, exiliaba y encarcelaba a sus propios compañeros. Trotsky le afirmó que debía seguir fiel a los principios de la Revolución de Octubre, más allá del gobierno stalinista que había desvirtuado los ideales del partido. Este conflicto escaló hasta culminar en primer lugar, con el fusilamiento de Blumkin por parte de la GPU (Directorio Político del Estado) y en última instancia con el asesinato de Trotsky en 1940, demostrando el vasto alcance de Stalin para consolidar su poder (Centro de Estudios, Investigaciones y Publicaciones León Trotsky, s.f).

Otro ejemplo de la falta de escrúpulos de nuestro personaje central trata sobre su relación con Lev Kámenev, inicialmente aliados en su enfrentamiento contra Trotski. Sin embargo, este revolucionario bolchevique también fue víctima de sus tácticas políticas. Después de pedir la destitución de Stalin como secretario general, Kámenev fue finalmente arrestado y ejecutado durante la *Gran Purga*, un período ya mencionado en el cual Stalin eliminó a numerosos miembros del Partido Comunista acusados de traición. La década de 1930 ilustra claramente la brutalidad y el extremo al que Stalin estaba dispuesto a llegar para

mantener su poder. Durante este período, miles de personas fueron ejecutadas, incluidos líderes bolcheviques, oficiales militares, y ciudadanos comunes, todos ellos considerados amenazas para la estabilidad de su régimen (McCauley, 2009).

A través de estos ejemplos, vemos a un Stalin cuyo legado está marcado tanto por su capacidad para transformar la Unión Soviética en una superpotencia como por las incontables vidas afectadas y terminadas por su régimen. Su personalidad y estilo de liderazgo estuvieron caracterizados por la despiadada eliminación de la disidencia y un control autoritario sobre el estado y la sociedad soviéticos. La falta de escritos o declaraciones públicas significativas de Stalin durante momentos clave, como la Primera Guerra Mundial, sugiere una estrategia cuidadosa para evitar comprometerse con posiciones que podrían obstaculizar su futuro político. Este silencio estratégico refleja su naturaleza calculadora y su enfoque en la acumulación de poder en lugar de adherirse a principios ideológicos firmes (McCauley, 2009).

En política exterior, Stalin, caracterizado por un oportunismo arraigado y una estrategia calculadora, demostró una habilidad especial para alinearse con las potencias occidentales durante la Segunda Guerra Mundial cuando le convenía. Sin embargo, su postura cambió drásticamente tras la guerra, marcando una transición en la política exterior soviética que reflejaba sus motivaciones profundamente arraigadas y su visión estratégica. La cooperación con los aliados fue una táctica temporal, abandonada en cuanto dejó de ser beneficiosa para sus objetivos de expandir la influencia soviética en Europa del Este. Esta adaptabilidad táctica se manifestó claramente en la Crisis de Berlín, donde Stalin no dudó en confrontar a quienes fueron sus aliados durante la guerra (Westad, 2017).

El cambio de moneda en Berlín Occidental sirvió como el pretexto perfecto para poner a prueba la resolución de los aliados occidentales, marcando el inicio de una serie de maniobras que buscaban fortalecer la posición soviética en Europa. La decisión de Stalin de bloquear Berlín no fue solo una demostración de fuerza, sino también un cálculo estratégico diseñado para avanzar en los intereses soviéticos, independientemente de las consecuencias para las relaciones con Estados Unidos, Francia o el Reino Unido. Este acto fue una manifestación de su visión geopolítica, en la que los vínculos forjados durante la guerra

podían descartarse rápidamente en pro de los intereses nacionales y los objetivos de expansión del comunismo.

Por lo tanto, la Crisis de Berlín se convierte en un escenario que revela la naturaleza oportunista de Stalin, donde su disposición a alternar entre cooperación y confrontación refleja un pragmatismo implacable y un enfoque utilitario en la política internacional. La personalidad de Stalin, moldeada por un oportunismo calculador y un deseo de poder indomable, fue sin duda un motor clave detrás de la decisión de bloquear Berlín, demostrando que su interés primordial siempre fue el fortalecimiento y la expansión del régimen soviético y sus ideales, incluso a expensas de las relaciones internacionales establecidas.

5.2 La búsqueda de Stalin por emular a Pedro el Grande

Para evaluar las motivaciones que llevaron a Stalin a tomar la decisión de bloquear Berlín de una manera profunda, es imprescindible determinar y valorar cuales fueron las figuras en las que este se inspiró para llegar a ser el tipo de líder que fue. En este contexto, la admiración de Stalin por figuras históricas imponentes, como Pedro el Grande, no se basaba simplemente en la admiración por el pasado, sino en la identificación con líderes que, como él, buscaban transformar radicalmente sus sociedades. Este espejo del pasado ofrece una visión penetrante de la mentalidad de Stalin, revelando una fascinación por aquellos que, a través de la fuerza y la visión, dejaron huellas imborrables en la historia (Tucker, 1977).

La reconstrucción de San Petersburgo y la magnificencia de los palacios zaristas, edificados sobre la *katorga* (antecesores de los Gulags estalinistas), son manifestaciones físicas de la determinación de Pedro el Grande. Para Stalin, tales hazañas no solo se alineaban con sus ambiciones de grandeza y su obsesión por el legado, sino que también representaban un modelo a seguir en su propio proyecto de modernización y consolidación de poder (Tucker, 1977).

Pedro el Grande y Stalin compartían un profundo deseo de construir una imagen que los trascendiera, una que estuviera vinculada a la realización de hazañas palpables, como ciudades y monumentos que afirmaran su poder y gloria. Para ambos, los grandes proyectos

eran manifestaciones de poder y herramientas para la construcción de un culto a la personalidad que centralizara el poder en torno a sus figuras. Estos paralelos son evidentes en las formas en que cada uno utilizó el trabajo forzoso para lograr sus ambiciones: Pedro el Grande empleó a convictos y siervos en sus grandiosos esfuerzos de construcción, y Stalin transformó los Gulags en una extensa red de trabajo forzoso que apoyó su programa industrial (Applebaum, 2003).

La admiración de Stalin por Pedro el Grande se extendía a la gobernanza. Ambos líderes creían en el poder absoluto y la centralización como medios para ejecutar sus visiones, y ambos enfrentaron desafíos considerables en sus intentos por modernizar sus estados. Cada uno, a su manera, utilizó métodos que bordeaban la crueldad, justificándolos como necesarios para el avance de la nación. La paradoja de crear belleza y progreso a través de la brutalidad es una contradicción que ambos parecían dispuestos a aceptar (Tucker, 1977).

Stalin, como Pedro el Grande, también se empeñó en proyectar una imagen de modernidad y poder. El Metro de Moscú, la presa del Dniéper, y los grandes planes urbanísticos no solo fueron infraestructuras utilitarias, sino también declaraciones políticas y culturales diseñadas para demostrar la supremacía del estado soviético. Así como las creaciones de Pedro el Grande sirvieron para simbolizar el ingreso de Rusia en la modernidad europea, las obras estalinistas pretendían ser el estandarte de una nueva era comunista (McCauley, 2009).

No obstante, las discrepancias entre estos dos constructores de imperios también son notables. Mientras Pedro el Grande se abría a Occidente y adoptaba prácticas europeas, Stalin era más insular, promoviendo el comunismo en un solo país y rechazando la dependencia de influencias extranjeras. Además, aunque el Zar empleaba métodos brutales, la escala y alcance de la represión estalinista, que incluyó purgas masivas y la creación de un estado policial, fueron sin precedentes.

La relación de Stalin con la historia y su admiración por líderes como Pedro el Grande reflejan una complejidad en su personalidad y gobernanza. Su legado, entrelazado con su reverencia por el pasado, su despiadado pragmatismo en el presente, y su determinación para

moldear el futuro, es un testimonio de su obsesión por controlar no solo la narrativa de su tiempo sino también su lugar en la historia.

Continuando con la exploración de la adoración de Stalin por figuras históricas y cómo esta se refleja en su liderazgo, es pertinente examinar cómo estas influencias se materializaron en sus políticas y acciones. Su liderazgo, al igual que el de Pedro el Grande, se cimentó sobre la premisa de un cambio drástico y rápido, impulsado por una voluntad férrea y a menudo despiadada. Las transformaciones radicales que ambos líderes instauraron en sus respectivos países revelan no solo una visión compartida de progreso a través de la autocracia, sino también un paralelismo en la ejecución de grandes obras públicas que definirían sus legados.

La obsesión de Stalin con la monumentalidad no se limitó a las infraestructuras físicas. Siguiendo los pasos del Zar, quien trasladó la capital rusa a la nueva y grandiosa San Petersburgo, Stalin también emprendió proyectos urbanos que transformarían Moscú. Estos no solo buscaban modernizar la ciudad, sino que también servían para inculcar un sentido de orgullo nacional y para mostrar al mundo el poder del socialismo soviético. La comparación entre la ciudad y los palacios zaristas construidos en campos de trabajo, y los proyectos estalinistas realizados por prisioneros de los Gulags, subraya una continuidad histórica de poder y dominación que utiliza la arquitectura como un símbolo de poder y control (Applebaum, 2003).

Ambos gobernantes entendieron el valor propagandístico de estas obras colosales. Mientras que Pedro el Grande buscó construir una *ventana a Europa*, Stalin buscó cerrar el *telón de acero* con su propio reflejo de modernidad comunista. La ironía de su admiración radica en que, mientras Pedro el Grande adoptó elementos de la cultura europea para modernizar Rusia, Stalin, por otro lado, repudiaba la influencia occidental, enfocándose en una narrativa de autosuficiencia y poder autóctono (Westad, 2017).

Es importante destacar la forma en que la centralización del poder fue manejada por ambos líderes. Pedro el Grande reformó la administración del estado, estableciendo el Senado como el máximo órgano de gobierno. Stalin, por su parte, transformó el Politburó y

el Comité Central, asegurando que todos los caminos de poder llegasen a él. Esta manipulación de la estructura del estado no solo refleja su astucia política sino también un entendimiento agudo de cómo la concentración del poder en una sola figura podía ser utilizada para realizar cambios abruptos y profundos en la sociedad.

En cuanto a la disidencia, tanto Pedro el Grande como Stalin fueron implacables. El Zar suprimió la revuelta de los *streltsy* y luego utilizó este evento para ejecutar y exiliar a cientos, incluyendo a miembros de la nobleza y hasta su propio hijo. Stalin, en una escala mucho más grande, como ya he mencionado a lo largo del trabajo ejecutó y envió al Gulag a millones, incluyendo a miembros de la élite del partido, militares y civiles. Ambos líderes compartieron la visión de que, para alcanzar sus ambiciones, era necesario tener un control absoluto y no tolerar oposición (Westad, 2017).

El análisis de estas similitudes y discrepancias ofrece una visión más matizada de la adoración de Stalin por figuras como Pedro el Grande. A través de su estudio, es posible entender mejor cómo el pasado puede informar y dar forma al presente, y cómo la historia se utiliza para justificar o moldear la política actual. Así, en Stalin, vemos la encarnación del pasado y el presente entrelazados, la sombra de Pedro el Grande proyectada sobre los vastos y brutales paisajes de la Unión Soviética del siglo XX.

Por lo tanto, a la hora de relacionarlo con la imposición del bloqueo de Berlín, Stalin estaba aplicando una lógica estratégica que reflejaba la audacia y determinación de Pedro el Grande. Esta acción puede interpretarse como una maniobra que buscaba afirmar la influencia soviética y desafiar la presencia occidental en lo que Stalin consideraba la esfera de influencia de la URSS, de una manera similar a cómo Pedro el Grande expandió el imperio ruso y consolidó su poder en el mar Báltico. La decisión de Stalin de bloquear Berlín también se alinea con su disposición a emplear tácticas intimidatorias y a llevar las situaciones al límite para lograr objetivos estratégicos, algo que podría haber sido inspirado por las audaces reformas militares y administrativas de Pedro el Grande. Stalin, al igual que el Zar, parecía creer que el fin justifica los medios, y que cualquier acción, no importa cuán drástica, era justificable en nombre de la seguridad y el prestigio nacional.

Consecuentemente, la adoración de Stalin por Pedro el Grande proporcionó un marco a través del cual interpretar y justificar su propia conducta autoritaria y sus políticas impositivas. Su decisión de bloquear Berlín no fue simplemente un cálculo político del momento, sino también el resultado de una personalidad y un estilo de liderazgo que había sido reforzado por el reflejo de un pasado donde la grandeza y el poder se lograban a través de la determinación inquebrantable y a menudo implacable. Así, la influencia de Pedro el Grande se extendió mucho más allá de las preferencias estéticas o los proyectos de infraestructura, impregnando la esencia misma de cómo Stalin veía el liderazgo y el legado, tanto en el ámbito nacional como en la escena mundial.

Este análisis nos permite reflexionar sobre cómo la adoración de Stalin por otros líderes históricos influyó en sus propias prácticas gubernamentales y de liderazgo. La admiración por Pedro el Grande se tradujo en un deseo de emular no solo sus logros sino también sus métodos. Para Stalin, el poder absoluto y el progreso estaban intrínsecamente vinculados, una convicción que definiría su gobierno y que, en última instancia, dejaría una marca indeleble tanto en la historia de Rusia como en la del mundo.

5.3 Stalin y su entorno político: un poder sin contrapeso

Tras haber expuesto las principales motivaciones que impulsaron a Stalin a instaurar el bloqueo de Berlín, emergen dos preguntas críticas: ¿Qué factores le permitieron a Stalin modelar su liderazgo siguiendo el ejemplo de Pedro el Grande? Y, ¿cómo pudo llevar a cabo una gestión geopolítica de la URSS tan oportunista? Este apartado profundiza en el entorno político único de Stalin, un escenario donde la falta de oposición le otorgó el poder para actuar con una libertad casi absoluta, un poder que utilizó para imitar al gran zar ruso y para maniobrar estratégicamente en el tablero mundial.

En la Unión Soviética bajo Stalin, la ausencia de una oposición política efectiva se convirtió en una piedra angular de su régimen. La consolidación del poder en manos de Stalin no fue un mero accidente histórico, sino el resultado de una serie de movimientos que como se ha explicado eran calculados y estratégicos y además transformaron la naturaleza misma de la política soviética. Para Stalin, la política no era un medio para alcanzar un fin ideológico,

sino una herramienta para la acumulación y mantenimiento del poder personal (Matlock, 2015).

Desde los inicios de su liderazgo, Stalin dismanteló sistemáticamente las estructuras que pudieran dar lugar a una oposición. Las ya mencionadas purgas del partido, la represión sistemática y el temor instaurado por la policía secreta, la NKVD aseguraron que ningún disidente o rival político pudiera desafiar su autoridad. Esta dinámica de poder permitió a Stalin ejercer una influencia sin contrapesos en el estado soviético, formulando políticas y tomando decisiones estratégicas sin la necesidad de consultar o incluso considerar las opiniones de otros (Shearer, 2014).

Además de asegurarse de que no existiera una oposición significativa, Stalin contó con un grupo de fieles seguidores que lo apoyaron tanto durante su ascenso al poder como a lo largo de sus más de 30 años de mandato sobre la URSS. Ya fuera por una ciega adoración o por temor a la brutalidad de su liderazgo y a la represión implacable de su régimen, estos leales siempre respaldaron todas sus decisiones (Bittner, 2001).

Dentro de estas personalidades destacadas se encuentran:

- Viacheslav Mólotov: Mano derecha de Stalin en la diplomacia y la administración del país, respaldando la política exterior soviética y coautor de la nota Molotov-Ribbentrop que definió los destinos de Europa del Este. Su lealtad fue tan férrea que incluso continuó defendiendo la imagen de Stalin después de su muerte.
- Lázár Kaganóvich: Cuñado de Stalin conocido por su participación en la planificación y ejecución de algunas de las campañas más duras del régimen, incluyendo la colectivización forzosa y las grandes purgas, demostró ser una figura clave en la aplicación de las políticas estalinistas, sin mostrar disidencia.
- Nikita Jrushchov: Se distanció de Stalin después de su muerte, durante su vida mostró una fidelidad inquebrantable que lo llevó a escalar en las jerarquías del partido, y a participar activamente en la ejecución de la política agraria y en las purgas del Gran Terror.

- Georgi Malenkov: Emergió como un sucesor potencial después de la muerte de Stalin, durante la vida del dictador, apoyó consistentemente sus decisiones y políticas, incluida la represión política.
- Andréi Zhdánov: Una de las voces más fuertes en la promoción de la ideología estalinista en la cultura y el arte, lo que reflejaba su compromiso con las directrices del líder.

Ninguno de estos individuos se opuso a la decisión de Stalin de bloquear Berlín, y ciertamente, la falta de oposición interna fue un factor clave que permitió que la decisión de llevar a cabo el bloqueo de Berlín se ejecutara con una determinación firme. En un sistema donde el disentimiento era potencialmente fatal y la lealtad era la moneda de cambio más valorada, estos leales a Stalin proporcionaron la aprobación que reforzaron las acciones de Stalin durante uno de los momentos más tensos de la Guerra Fría (Bittner, 2001).

El culto a la personalidad que rodeaba a Stalin fue más allá de la mera adoración; se convirtió en un mecanismo de control. Este culto sirvió para reforzar su imagen de líder infalible, pero además fue una herramienta efectiva para moldear la realidad soviética según sus designios. El adoctrinamiento y la propaganda se utilizaron para convencer a la población de que Stalin era un líder heroico y paternalista, cuya sabiduría y dirección eran indispensables para la supervivencia y prosperidad de la nación (Plamper, 2012).

Bajo estas circunstancias, eventos como el bloqueo de Berlín pueden ser vistos como extensiones naturales de la política de Stalin. El bloqueo no fue solo una maniobra en el escenario internacional, sino que también reflejó las políticas internas de control y represión. En un ambiente donde la disidencia era sofocada y la unanimidad era la norma exigida, la decisión de cortar el acceso terrestre a Berlín Occidental y desafiar a las potencias occidentales emergió como una estrategia coherente con el comportamiento autoritario y unilateral de Stalin.

Stalin gobernó en un ambiente donde el disenso era considerado una amenaza existencial y donde las medidas extremas eran justificadas en nombre de la seguridad del estado y de sus ideales socialistas. El régimen de Stalin y las circunstancias que rodearon el

bloqueo de Berlín resaltan la compleja interacción entre la personalidad de un líder, su control sobre el aparato estatal y las consecuencias de estas dinámicas en la política internacional. La historia de Stalin y su entorno político revela cómo el poder absoluto, cuando se concentra en manos de un solo individuo, puede conducir a decisiones que tienen repercusiones globales profundas y duraderas.

5.4 Análisis de la decisión del bloqueo

Para analizar la decisión del bloqueo de Berlín, es esencial considerar el entorno político en el que se tomó esta decisión. Stalin, como se ha expuesto con anterioridad en el trabajo ejercía un liderazgo autocrático, que no enfrentaba oposición alguna dentro de su círculo más cercano. Por lo tanto, todas las decisiones que se tomaban en la URSS se hacían bajo la tutela del gran líder.

Si nos pusiésemos a analizar desde una posición teórica la toma de decisiones de los buenos líderes, estas deberían de ser tomadas desde la Teoría de la Elección Racional en la cual, el individuo tiende a maximizar sus beneficios y a reducir los costes o riesgos. Sin embargo, ¿Cuáles eran las motivaciones racionales económicas o geopolíticas de Stalin en el contexto de la Crisis de Berlín?

Poniéndonos a analizar el balance económico de esta decisión, los perjuicios económicos para la Unión Soviética no eran despreciables. Al obstaculizar las rutas comerciales, Stalin también interrumpía el flujo de bienes que podía beneficiar a la economía soviética y la de sus estados satélite. Adicionalmente, la URSS asumió un gran coste en movilización de recursos para el bloqueo que podrían haberse destinado al desarrollo interno de la postguerra. Por lo tanto, el bloqueo exacerbó la necesidad de recursos en la zona oriental de Berlín (Harrington, 2012).

En cuanto a la valoración de los riesgos geopolíticos, la decisión del bloqueo era muy cuestionable, especialmente en relación con Estados Unidos y sus aliados. La acción soviética fue una clara demostración de fuerza contra las políticas de reconstrucción y unificación de Alemania impulsadas por el Plan Marshall. En estos términos geopolíticos, el bloqueo desafiaba directamente la presencia y el compromiso estadounidense con la estabilidad

europea postguerra. Este enfrentamiento aumentó el riesgo de un choque directo con Estados Unidos, que podría haber escalado más allá de una confrontación de la Guerra Fría, posiblemente hacia un conflicto armado abierto. La respuesta aliada a través del puente aéreo no solo desafió la validez del bloqueo, sino que también solidificó la determinación occidental de resistir la expansión soviética, culminando en un estancamiento que definió la tensión Este-Oeste por décadas (Westad, 2017).

Por lo tanto, si valoramos la decisión de Stalin de imponer el bloqueo de Berlín puede interpretarse como una desviación de la Teoría de la Elección Racional, donde los líderes buscan maximizar los beneficios y minimizar los riesgos para sus países. Su personalidad ególatra y enfermiza, en cambio, le motiva a llevar a cabo un patrón de toma decisiones de unilateral y autocrático, obviando los riesgos tanto económicos como geopolíticos de aquella decisión y priorizando sus percepciones personales y estrategias de poder sobre los análisis más profundos y racionales de riesgos y beneficios.

Sin embargo, en el estudio de Mark Harrison: *Stalin in our times* se defiende una idea totalmente opuesta a la que acabamos de mostrar y es que a pesar de que exponiendo los argumentos económicos negativos y los riesgos geopolíticos que acarrearía tomar aquella decisión, este estudio defiende que Stalin sí que llevó a cabo una estrategia alineada con la teoría de la elección racional. Este estudio defiende que, desde la perspectiva de la elección racional, el bloqueo de Berlín podría interpretarse como una decisión estratégica de Stalin para afirmar el control soviético sobre Berlín y contrarrestar la influencia de las potencias occidentales en Alemania y en Europa en general. Al bloquear las rutas de acceso a Berlín Occidental, Stalin probablemente buscaba presionar a las potencias occidentales para negociar y reconocer la esfera de influencia soviética en Europa del Este, maximizando así los intereses de seguridad y poder geopolítico de la Unión Soviética (Harrison, 2005).

Por lo tanto, dentro del marco de la elección racional, el bloqueo de Berlín en 1948 podría considerarse una decisión racional de Stalin en el sentido de que buscaba lograr un objetivo estratégico claro, aunque arriesgado, para aumentar la influencia soviética y asegurar sus fronteras occidentales frente a lo que percibía como una amenaza creciente de las potencias occidentales.

Teniendo en cuenta las dos vertientes analizadas, podemos evaluar que la decisión de Stalin de imponer el bloqueo de Berlín es un reflejo de la complejidad y la multifacética naturaleza de su liderazgo. Por un lado, este acto se presenta como una manifestación de un cálculo racional, alineado con la teoría de la elección racional, donde Stalin buscaba maximizar los intereses geopolíticos de la Unión Soviética, afirmando su control sobre Berlín y desafiando la influencia occidental en Europa. Por otro lado, la decisión también resalta las características autocráticas y egocéntricas de Stalin, donde los riesgos económicos y la posible escalada de conflictos parecen haber sido secundarios frente a sus aspiraciones de poder y su oposición ideológica al capitalismo norteamericano y sus iniciativas como el Plan Marshall. (Ivanova, 2007)

Así, el bloqueo de Berlín puede verse como un híbrido de estrategias, donde elementos de elección racional se entremezclan con el deseo de Stalin de consolidar su autoridad y marcar una postura firme contra las tendencias de libre comercio y reconstrucción posguerra lideradas por Estados Unidos. Esta dualidad refleja la intrincada dinámica de un líder que, mientras operaba dentro de un marco de cálculos estratégicos, no se distanciaba de impulsos personales y políticos más amplios que definían su régimen. En este sentido, el bloqueo de Berlín se convierte en un episodio emblemático que encapsula tanto la lógica de la elección racional adoptada por líderes efectivos como las peculiaridades individuales de Stalin, resaltando la complejidad inherente al análisis de decisiones históricas y su impacto duradero en el curso de la historia mundial.

6. Conclusiones

A lo largo de este trabajo se expone que la Crisis de Berlín fue un evento que alteró irreversiblemente la arquitectura geopolítica de la posguerra, y que además se constituye como un testimonio del entramado de psicología y poder que caracterizó el liderazgo de Iósif Stalin. A través del prisma de esta crisis, he descubierto la compleja figura de Stalin, y como sus decisiones centradas en una ambición desmedida y una paranoia omnipresente han demostrado cómo la complicada personalidad de un solo líder puede ser tanto un motor de cambio como un catalizador de conflicto.

La siguiente conclusión clave de este estudio es que la respuesta a la Crisis de Berlín subrayó de manera evidente el papel dominante de Estados Unidos en definir la geopolítica de la posguerra. A través de este prisma, es palpable la superioridad estratégica y logística de Estados Unidos, que lideró las acciones para contrarrestar el bloqueo. Este liderazgo no solo nos ha demostrado la capacidad estadounidense para coordinar una respuesta internacional compleja, sino también su papel como principal propulsor de los valores liberales defendidos en Occidente. De entre las opciones disponibles, la elección del puente aéreo no solo fue una demostración de ingenio, sino que reforzó la posición de Estados Unidos como una potencia superior, capaz de guiar a las democracias occidentales en tiempos de crisis.

Asimismo, la cooperación internacional entre Francia y Reino Unido, bajo la guía decisiva de Estados Unidos, fue un factor determinante en el manejo exitoso de la Crisis del bloqueo de Berlín. Esta colaboración no solo evidencia la capacidad extraordinaria de estas potencias para implementar un plan logístico formidable, sino que también nos demuestra cómo fue posible superar desafíos sin precedentes con una coordinación ejemplar. La Crisis de Berlín sirve como un testimonio poderoso de lo que puede lograrse cuando naciones con objetivos comunes unen fuerzas en defensa de la libertad y la estabilidad internacional. Además, esta cooperación no solo demostró la efectividad de la colaboración transatlántica, sino que también pudo ser un pequeño ejemplo y unas primeras semillas para un proceso de integración europeo, mostrando que, en Europa, unida bajo una causa común, se pueden alcanzar logros significativos. Este precedente de cooperación internacional es personalmente una de las lecciones más valiosas de la crisis, subrayando la viabilidad y la fuerza que puede surgir de la unidad y el esfuerzo conjunto.

A lo largo de este trabajo se ha expuesto que la decisión de Stalin de imponer un bloqueo total sobre Berlín no surgió en un vacío de arbitrariedad, sino que fue la culminación de una serie de cálculos estratégicos diseñados para reforzar la hegemonía soviética en una Europa devastada por la guerra. Este acto de desafío se balanceó precariamente en el filo de la navaja entre la acción de un genio táctico y la imprudencia de un líder autoritario. Es fascinante observar como la decisión del bloqueo puso al mundo al borde de un abismo bélico, mientras este personaje probaba la determinación de los aliados occidentales en un tablero de ajedrez internacional cuyas piezas eran países enteros y su gente.

Este estudio también nos muestra cómo la admiración de Stalin por figuras autoritarias históricas como Pedro el Grande, combinada con su oportunismo geopolítico y un liderazgo implacable, configuró su despiadado régimen. Con ello, se puede concluir que Stalin se encarnó en la premisa maquiavélica de el *fin justifica los medios* y emergió como un *Príncipe* de la era moderna, un gobernante maquiavélico, cuyo gobierno estuvo marcado por la paranoia y una constante búsqueda de enemigos, tanto reales como imaginarios. Con estas premisas, se crea un entorno donde su visión y deseos no tienen contrapesos efectivos, haciendo casi imposible cualquier resistencia interna o externa. La capacidad de Stalin para operar sin oposición significativa, que nos muestra este trabajo, resalta la complejidad y los desafíos extremos de confrontar a líderes que se modelan a sí mismos en la imagen de grandes figuras históricas y que persiguen sus objetivos sin considerar las consecuencias humanitarias o el desgaste económico.

La interpretación histórica de la era de Stalin tras la Crisis de Berlín ofrece una visión matizada que va más allá de la condena o la glorificación, reconociendo cómo su carácter y decisiones impactaron no sólo los eventos de su tiempo sino la trayectoria a largo plazo de las tensiones Este-Oeste. El bloqueo, y más ampliamente, el período de Stalin como líder supremo de la URSS, resaltan la importancia crítica de comprender las intersecciones de la personalidad, el poder y la historia en la configuración de la política internacional.

Al concluir este análisis, queda claro que la Crisis de Berlín no fue sólo un enfrentamiento de ideologías o superpotencias; fue un episodio definido por la psique de Stalin. Esta crisis refleja cómo la conducción de la política internacional puede ser profundamente personal, intrínsecamente humana y, por tanto, inherentemente impredecible. A través de ella, aprendemos que los líderes no son solo figuras que responden a los tiempos; a menudo, son los arquitectos de esos mismos tiempos, con todas las contradicciones y complejidades que esto conlleva.

El legado de la Crisis de Berlín y del propio Stalin sigue resonando como un recordatorio poderoso de la influencia que un individuo puede ejercer en el curso de la historia. Como estudio de caso fundamental, la Crisis de Berlín se mantiene como un episodio ilustrativo que muestra cómo las motivaciones, las acciones y la voluntad de una persona

pueden remodelar la historia, impactando tanto de forma constructiva como destructiva en el desarrollo de nuestra sociedad.

7. Referencias

Acton, J. M. (2018). Escalation through entanglement: How the vulnerability of command-and-control systems raises the risks of an inadvertent nuclear war. *International Security*, 43(1), 56-99.

Applebaum, A. (2003). *Gulag: A history*. Doubleday.

Bittner, S. V. (2001). Remembering the avant-garde: Moscow architects and the "rehabilitation" of constructivism, 1961–64. *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History*, 2(3), 553-576.

Bostdorff, D. M. (2008). *Proclaiming the Truman Doctrine: The cold war call to arms*. Texas A&M University Press.

Brunhaver, J. S. (1996). The Berlin Airlift en J. Doe (Ed.), *Lifeline from the Sky: The doctrinal implications of supplying an enclave from the air* (pp. 21–32). Air University Press.

Centro de Estudios, Investigaciones y Publicaciones León Trotsky. (s.f.). Los stalinistas fusilaron a Jakob Blumkin. https://ceip.org.ar/Los-stalinistas-fusilaron-a-Jakob-Blumkin#_ftn1

Conquest, R. (2008). *The great terror: A reassessment*. Oxford University Press.

Flandreau, M., Holtfrerich, C. L., y James, H. (Eds.). (2003). *International financial history in the twentieth century: System and anarchy*. Cambridge University Press.

Gaddis, J. L. (2006). *The Cold War: A new history*. Penguin.

Hampl, M. (2010). Presidential doctrines and strategies of American foreign policy from 1947 to 1965. *Komunikácie-vedecké listy Žilinskej univerzity v Žiline*, 12(3), 13-19.

Hanson, D. S. (2008). Leadership actions: The Berlin Airlift. En "When you get a job to do, do it": *The Airpower Leadership of Lt Gen William H. Tunner* (pp. 41–56). Air University Press.

Harrington, D. F. (2012). *Berlin on the brink: The blockade, the airlift, and the early Cold War*. University Press of Kentucky.

Harrison, M. (2005). Stalin and our times. En *Stalin: His Times and Ours* (pp. 67-84).

Ivanova, M. N. (2007). Why there was no 'Marshall Plan' for Eastern Europe and why this still matters. *Journal of Contemporary European Studies*, 15(3), 345-376.

Kennan, G. F. (2020). *Memoirs 1925-1950*. Plunkett Lake Press.

Kerr, S. (1990). The secret hotline to Moscow: Donald Maclean and the Berlin crisis of 1948. En A. Deighton (Ed.), *Britain and the First Cold War* (pp. 71-87). Palgrave Macmillan. https://doi.org/10.1007/978-1-349-10756-8_5

Kurizaki, S. (2007). Efficient secrecy: Public versus private threats in crisis Diplomacy. *American Political Science Review*, 101(3), 543–558. <https://doi.org/10.1017/S0003055407070396>

Leffler, M. P. (1992). *A preponderance of power: National security, the Truman administration, and the Cold War*. Stanford University Press.

Marcelino, F. (2017). Principales conflictos de la Guerra Fría. Portal Académico del CCH, UNAM. <https://portalacademico.cch.unam.mx/alumno/historiauniversal2/unidad3/principales-conflictos-de-la-guerra-fria>

Matlock, J. F. (2015). Koba's country review of *Stalin: Volume 1: Paradoxes of Power, 1878–1928*, de S. Kotkin. *The National Interest*, 136, 91–96. <https://doi.org/10.1017/S0003055407070396>

Mccauley, M. (2009). *Stalin and Stalinism: Revised 3rd Edition* (3rd ed.). Routledge. <https://doi.org/10.4324/9781315834047>

McMahon, R. J. (2009). *Dean Acheson and the creation of an American world order*. Potomac Books

Merrill, D. (2006). The Truman Doctrine: Containing communism and modernity. *Presidential Studies Quarterly*, 36(1), 27–37.

Meyer, G. (2018). Joseph Stalin and the left: Reflections occasioned by Stephen Kotkin's Paradoxes of power. *Socialism and Democracy*, 32(1), 127–142. <https://doi.org/10.1080/08854300.2018.1461795>

Michael, C. D. (2022). Stalin, el letrado maligno y su demonio. *Letras Libres*, 24(288), 28-31. <https://letraslibres.com/revista/stalin-el-letrado-maligno-y-su-demonio/>

Miller, R. G. (2008). *To Save a city: The Berlin Airlift, 1948-1949*. Texas A&M University Press.

Montefiore, S. S. (2018). *Llamadme Stalin: La historia secreta de un revolucionario* (T. de Lozoya, Trad.). Editorial Planeta.

Peplow, E. (2010). The role of Britain in the Berlin Airlift. *History*, 95(318), 207-224.

Plamper, J. (2012). *The Stalin cult: A study in the alchemy of power*. Yale University Press.

Powell, R. (2015). Nuclear brinkmanship, limited war, and military power. *International Organization*, 69(3), 589-626.

Sáenz Rotko, J. M., y Sanz Díaz, C. (2022). De la gran alianza de la Segunda Guerra Mundial al enfrentamiento Estados Unidos – Unión Soviética. *La Guerra Fría. Una historia inacabada*. (pp. 47-70). Síntesis

Schick, J. M. (1965). American Diplomacy and the Berlin Negotiations. *Western Political Quarterly*, 18(4), 803-820.

Schwartz, M., de Sampigny, S., Demeulandre, Y., y Werth, N. (Directores) (2007). Stalin, el tirano rojo [Documental]. C. Productions, M6 Films, CNC.

Shearer, D. R. (2014). *Policing Stalin's socialism: Repression and social order in the Soviet Union, 1924-1953*. Yale University Press.

Shlaim, A. (1983). Britain, the Berlin Blockade and the Cold War. *International Affairs (Royal Institute of International Affairs 1944-)*, 60(1), 1–14. <https://doi.org/10.2307/2618926>

Steil, B. (2014). *The battle of Bretton Woods: John Maynard Keynes, Harry Dexter White, and the making of a new world order*. Princeton University Press. <https://doi.org/10.1515/9781400846573>

Swift, J. (2003). The Berlin Blockade. In *The Palgrave concise historical atlas of the Cold War* (pp. 24-25). Palgrave Macmillan.

Tucker, R. C. (1973). The Emergence of Stalinism. *Stalin as revolutionary, 1879-1929: A study in history and personality*. (pp. 395-421). W.W. Norton.

Tucker, R. C. (1977). The emergence of Stalin's foreign policy. *Slavic Review*, 36(4), 563-589. <https://doi.org/10.2307/2495260>

Turner, H. A. (1987). The birth of two new governments en *The two Germanies since 1945*. (pp. 33-46). Yale University Press.

Werle, G., y Vormbaum, M. (2012). After the fall of the Berlin Wall: Transitional justice in Germany en *After oppression: Transitional justice in Latin America and Eastern Europe*, 298-323 <https://doi.org/10.18356/786170d2-en>

Werle, G., & Vormbaum, M. (2012). After the fall of the Berlin Wall: Transitional justice in Germany. En V. Popovski y M. Serrano (Eds.), *After Oppression: Transitional Justice in Latin America and Eastern Europe* (pp. 298-323). United Nations University Press. <https://doi.org/10.18356/786170d2-en>

Westad, O. A. (2017). *The Cold War: A World History*. Basic Books.